

Noticario arqueológico

A PROPÓSITO DEL PRETENDIDO REJUVENECIMIENTO DEL ASTURIENSE DE LA GUARDIA

El ilustre profesor de la Universidad de Valladolid, C. de Mergelina, publica en el Boletín de la Facultad de Letras de aquella Universidad española un artículo titulado *El scudo asturiense de la Guardia*.¹

Al primer Congreso del Mundo Portugués, prehistoria y protohistoria, celebrado en la Universidad de Oporto en julio de 1940, hemos presentado un trabajo sobre una nueva estación de tipo asturiense, como aquella que ocasionalmente descubrimos en Gandara (Espôsende), en la orilla derecha del río Cávado, aproximadamente a 1 km. de su desembocadura en terrenos cercanos a la villa de Tão.

En esta nueva estación de tipo asturiense, desgraciadamente de superficie, los instrumentos que dominan son hachas pequeñas del mismo tipo que las de Camposancos, habiendo algunas mezclas bifaces de forma achelense, picos asturienses y una pesa para redes.

Sentí cierta perplejidad al clasificar cronológicamente la estación de Gandara, y concedí gran interés a la lectura del trabajo realizado por el profesor Mergelina, que a continuación resumiremos: Para empezar, el ilustre profesor de la Universidad de Valladolid hace una clara síntesis de los sucesivos descubrimientos de estaciones asturienses a lo largo de la costa atlántica de Europa, estudiando algo más detalladamente las estaciones gallegas de La Guardia y Camposancos, ambas situadas en las proximidades del Monte de Santa Tecla. La primera fué descubierta y «estudiada con sumo cuidado» por el padre Jalhay, y la segunda, descubierta y cuidadosamente estudiada por el doctor Joaquín Fontes, ilustre profesor de la Universidad de Lisboa.

Mergelina, en su estudio de las excavaciones hechas en la famosa ciudad de Santa Tecla, no está conforme con las clasificaciones establecidas por Jalhay y Fontes para las referidas estaciones líticas de La Guardia y Camposancos, y afirma que, «lejos de encontrarme frente a estaciones *achelenses* (descubrimientos de Fontes) y a yacimientos asturienses (padre Jalhay), no tenemos más que la sobrevivencia extraña de formas líticas, utilizadas por el hombre en épocas muy próximas, fenómeno solamente explicable por una pobreza característica de medio y, mejor aún, por una organización simplista de la vida y un

1. MERGELINA, *El Scudo Asturiense de la Guardia (Pontevedra)*, en *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, fasc. XXII a XXIV, t. VI, Valladolid, Curso 1939-1940, págs. 23 a 33, dos figuras y seis láminas.

profundo aislamiento. Todo ello es raro y extraño, pero los descubrimientos hechos en Tecla lo confirman».

Leí el artículo muy atentamente, y las consideraciones de Mergelina no lograron a convencerme. Después de una segunda lectura, mi discordancia iba aún en aumento.

Las consideraciones que hace sobre la evolución cultural de la civilización de Santa Tecla son interesantísimas. Pero no estamos de acuerdo con el ilustre profesor español cuando éste afirma que el poblado era de antiguo origen celta, el cual, andando el tiempo, fué intensamente romanizado; más tarde, decadente, sobre todo a partir del siglo III de nuestra era, en la cual se perdieron por completo los antiguos valores de la cultura celta y de la posterior cultura romana. Piensa Mergelina que lo que se ve actualmente en las ruinas de aquella antigua citania gallega, «corresponde a una recuperación que debió iniciarse a partir del siglo V de nuestra era».

Pero analicemos las consideraciones que aduce luego el ilustre profesor de la Universidad de Valladolid y que tienden a justificar su punto de vista referente a la sobrevivencia de las formas líticas de tipo asturiense en un período relativamente reciente:

Primero. — Mergelina hace resaltar la circunstancia que en casi todas las casas que excavó en la citania encontró, «junto a un número siempre copioso de cantos rodados», varios instrumentos «absolutamente idénticos» a los que descubrió el doctor Joaquín Fontes en Camposancos en la base del Monte de Santa Tecla, junto al río Miño, y «con mucha menor frecuencia el pico curioso de los yacimientos costeros, que descubriera el padre Jalhay». No hace constar el número de instrumentos de tipo de Camposancos que recogió, o por lo menos el porcentaje aproximado de éstos en relación con las grandes cantidades de cantos rodados hallados conjuntamente en las casas circulares; pero en cuanto a los picos, dice que durante sus campañas recogió tan sólo dos de éstos en una casa.

Segundo. — Prosigue Mergelina diciendo que al analizar los guijarros y hachitas hallados en las casas de Tecla, no estudió la posibilidad de que hubieran servido como material accesorio a la construcción de las casas, o como empedrado del suelo de éstas, y, dada la circunstancia de ser «rarísimo» el encontrar algún ejemplar de estos cantos rodados o hachitas fuera del área habitada, además de no existir en lo alto del monte ningún depósito natural de guijarros de cuarcita, le hace asegurar que los cantos rodados encontrados en el piso de las casas al mismo nivel que la loza del atrio, unas veces dispersos y otras agrupados, «fueron llevadas al poblado como material para ser transformado en instrumentos en un momento dado».

Tercero. — Indica Mergelina que la pátina de los instrumentos encontrados en las casas es «idéntico en absoluto» al que se encontraron en Saa, Cancelón, Salcidos, etc., estaciones líticas de la base del monte en las inmediaciones de Camposancos.

Cuarto. — Mergelina llama la atención sobre el hecho de que tanto los hallazgos de Camposancos, dados como paleolíticos por el doctor Joaquín Fontes, como los de la playa de La Guardia, y considerados como asturienses por el padre Jalhay, son todos de superficie. Por lo que se refiere a las estaciones de las laderas del monte de la Tecla, dice, sin demostrarlo y en contradicción con lo que afirma antes, que es «el yacimiento de acarreo, y que, a todas luces, sus útiles proceden del próximo monte o de los núcleos de población antigua establecidos fuera de las murallas que limitan la citania».

Quinto. — Trata Mergelina, en rápida síntesis del conchero cerca de Saa y de otro existente en la citania y sobre el cual se asientan en gran parte las murallas que por la parte sur defendían a la ciudad de Tecla.

Pero en ninguno de estos concheros fueron encontrados picos, por lo menos Mergelina

lina no lo indica. Esto no interesa desde el punto de vista del análisis que nos proponemos hacer del trabajo del ilustre catedrático español.

De todo lo anteriormente consignado, resulta, como hecho comprobado, la aparición de grandes cantidades de cantos rodados y de algunos instrumentos tallados en las casas de la citania de Santa Tecla. Esto se observa en muchos castros o citanias de nuestro Miño, en los que es frecuente la aparición de grandes cantidades de guijarros.

Es nuestra opinión, y en esto concordamos con el ilustre profesor Mergelina, que dicho material lítico fué llevado desde la base del norte, donde existe en abundancia a todo lo largo de la ribera del río Miño.

Sin embargo, opinamos que este material lítico debe haber sido transportado a la citania con miras a su utilización como proyectil, ya sea lanzándolo a mano o por medio de cualquier arma de la clase de hondas o similares.

Además, en épocas muy posteriores, durante la Edad media, las piedras constituían una arma corriente, ya sean piedras pequeñas arrojadas a mano, o con la honda o el *fustibalus*, ya sean piedras mayores, como los cantos y bloques, que desde lo alto de las murallas se dejaban caer sobre los asaltantes, o se hacían rodar por las laderas de las montañas en cuya cima se hallaban los castillos, magullando o estropeando a aquellos atacantes que no lograban esquivarlos a tiempo.¹ En las antiguas fortalezas había depósitos de dichas piedras.

No es de extrañar que en la citania de la Tecla se encontrase grandes cantidades de cantos rodados, llevados allí, como es natural, desde el pie de la montaña para que sirviesen como armas arrojadas. Al amontonar los guijarros de cuarcita que los habitantes llevaban a sus casas, tropezarían, como es natural, con algunos guijarros tallados en hachas que se llevarían también.

Estos instrumentos encontrados en las casas circulares son los mismos que aparecen al pie de la montaña, y esto, según la propia y justa observación del profesor Mergelina, confirma lo que indica referente a la pátina de las hachas halladas en la citania, la cual es «idéntica en absoluto» a la que se observa en los instrumentos similares que se encuentran en las estaciones líticas al pie de la montaña.

Como también es lógico y muy natural, dada la ley general del menor esfuerzo, los habitantes de Tecla transportarían los guijarros indispensables para su defensa del lugar más próximo, el cual es precisamente el pie de la montaña que orilla el río Miño.

Si la playa de la Guardia, donde el padre Jalhay descubrió su notable estación asturiense, estuviere más cerca de la cima de la montaña en que se asientan las murallas de citania, entre las cuales se encuentran las supuestas estaciones paleolíticas de la ribera del río Miño, descubiertas por el profesor Joaquín Fontes, sería de suponer que la presencia de los picos fuera mayor que la de las hachas. Pero en este caso la recogida de guijarros destinados a ser arrojados se hubiera hecho en la zona de la playa, y, por lo tanto, entre ellos, como es natural, podría encontrarse algún pico.

Además, la fabricación de un pico o hacha, partiendo de un guijarro de cuarcita, es tan fácil, que no se comprende cómo en vez de ser efectuada en el lugar mismo donde se encuentran los cantos rodados, fué necesario llevar éstos a lo alto de la montaña, donde, ya en su casa, el poblador procedió al desbaste de uno de los extremos del guijarro.

Por lo tanto, parece ser que se puede concluir, como dice Mergelina al finalizar su trabajo, que, aun hoy en día, se emplean «los rellos y los fontadas» en un todo semejantes a los pesos de las redes asturienses, lo mismo como «junto a un camino por donde

1. Capitán Jorge das NEVES, LARCHER, *Armeria portuguesa*, Descripción de algunas armas e ingenios, en *Petrus Nonius*, fasc. 1, vol. III, Lisboa, 1940, págs. 52 y ss.

chirría una carreta de ruedas macizas, pasa una carretera asfaltada, por donde corre veloz un automóvil», no podemos, por lo menos en vista de lo que se lee en el trabajo que analizamos, concordar con las afirmaciones del ilustre profesor Mergelina, las cuales, aunque no son lo suficientemente comprobadas, no dejan de ser verdaderamente asombrosas. — Instituto de Antropología de la Universidad de Oporto, 1941. — JOAQUÍN RODRÍGUEZ DOS SANTOS, JR.

HALLAZGO ARQUEOLÓGICO NOTABLE

UN CASCO CÉLTICO DE PORTUGAL

Cerca de la ciudad de Braga, capital de Miño, la más septentrional de las provincias portuguesas, se yerguen, sobre una enorme roca granítica, los restos del castillo de Lañoso, cuya construcción remonta, según algunos autores, a los tiempos romanos, y al cual van ligados acontecimientos importantes de la historia portuguesa.

Del castillo no queda ya más que una torre de homenaje. Sin embargo, en la vertiente oriental del monte, al abrir una vía de acceso a la torre, se descubrió una importante estación arqueológica castrense, donde se realizaron descubrimientos de gran valor e interés.

Fueron puestos al descubierto los restos de algunas casas circulares, del tipo común de las construcciones castrenses del nordeste peninsular, apareciendo entre las ruinas esculturas toscas de piedra, gran cantidad de cerámica, fíbulas y varias monedas. Entre los hallazgos más valiosos figuran tres torques de oro que, por su belleza y detalles técnicos, constituyen piezas de gran interés,¹ y un casco de bronce que considero como un documento de gran rareza y del que me ocuparé de un modo especial en esta nota (fig. 1).

Las condiciones del lecho en que yacía, así como los caracteres que presenta, no dejan duda alguna sobre su contemporaneidad con la época castrense, dado que, en efecto, el casco fué encontrado a una profundidad de cerca de 5 m. y se hallaba acompañado de fragmentos de cerámica castreja, y apareció en el mismo sitio una fíbula de pie, en forma de plato (tipo de «Santa Lucía»).

El casco del campamento de Lañoso es de forma cónica y termina en un espigón agudo de 5'5 cm. de alto; su diámetro anteroposterior mide 25 cm., y 23 desde el borde anterior hasta la base del espigón. De éste pende una cadena, cuya otra extremidad se fija en el borde posterior, prolongado en forma de visera, en la que hay un orificio.

Sin embargo, lo que hace más curioso aún el casco de Lañoso son los motivos ornamentales que lo decoran. La superficie del espigón terminal está adornada con trazos incisos, cruzados o dispuestos en fajas triangulares. En cuanto a la panza, sobre la parte inferior presenta decoraciones. Se ve, en primer lugar, dos bandas salientes, repujadas, que la circundan enteramente; luego se ven fajas estrechas y paralelas estriadas, a las que dan un realce especial, en la parte anterior y posterior, una serie de escudetes cargados de besantes (figs. 2 y 3).

Estos caracteres, especialmente en la forma ojival, la visera o cubrenuca reducida y oblicua, así como los adornos, hacen asemejar el casco de Lañoso a los cascos del tipo italo-céltico, llamado asimismo de Montefortino.²

Dice el geógrafo Estrabón que algunos lusitanos usaban cascos con tres penachos, y más generalmente gorros o birretes de cuero.

1. FEIXERA, *Os Torques do Castro de Lanhoso*, *An. da Fac. de Ciencias do Porto*, tomo XXIV, 1939.

2. Véase P. COUSSIN, *Rev. Arch.*, tomo XXXI, 1930, págs. 93 y 96, y H. SANDERS, *The Weapons of the Iberians*, 1913.